

world» (21). Igual ambición impele al poeta ecuatoriano; pero su nueva búsqueda no se limitará al mundo con su envoltura de maravilla, sino que aspirará a una totalidad significativa, orientada al infinito. Porque, poseedor de una nueva sabiduría y de una nueva iluminación intuitiva, reconoce que «todos los seres viajan / de distinta manera hacia su Dios» y, sobre todo, que «el hombre sólo tiene la palabra / para buscar la luz / o viajar al país sin ecos de la nada» (*Lugar de origen*, pp. 57-58). Reiterada la disyuntiva: todo o nada, luz o sombra, día o noche, el poeta no hesita en su elección. Su retorno a la tierra juega un papel muy importante porque, como ya se ha dicho, su contacto le devuelve esa antigua confianza en el mundo, y éste no tarda en poblarse de seres y de cosas significantes, portadores de mensajes en un lenguaje elemental. De ahí que, con resignación epicúrea, el poeta diga:

*La clave de la vida está en tu mano:
Goza, aprende el lenguaje que te ofrece
el mundo elemental, después perece.*

(*Aquí yace la espuma*, p. 16.)

El mundo, nuevamente, es un gran texto: toda cosa y todo ser es un signo en trance de palabra. Al hombre le toca descifrar «¿qué escribe sobre el polvo ese gusano? / ¿Qué trata de advertirnos ese grito / de pájaro que cruza el infinito?» (*ibíd.*).

A propósito de Novalis, dice Julio Cortázar que «como los eléatas, como San Agustín, Novalis presintió que el mundo de adentro es la ruta inevitable para llegar de verdad al mundo exterior y descubrir que los dos serán uno sólo cuando la alquimia de ese viaje dé un hombre nuevo, el gran reconciliado» (22). Que Carrera Andrade ha pasado por esa oscura noche del alma para despertar a esa original visión del cosmos, como la unidad y el todo, es evidente. ¿Qué más puede significar la transición poética de *País secreto y Familia de la noche* a «Las armas de la luz»? ¿O el cambio de la desesperanza de «Prisión humana» y «Mundo con llave» a la esperanza que el encuentro de «La llave del fuego» significa?

*Yo soy el poseedor de la llave del fuego
del fuego natural llave pacífica
que abre las invisibles cerraduras del mundo,*

(21) *The Major Victorian Poets*. Ed. William H. Marshall (New York, Washington Square Press, 1967), p. 53.

(22) *La vuelta al día en ochenta mundos*, t. II (México, Siglo XXI de Editores, S. A., 1972), página 181.

*la llave del amor y la amapola,
del rubí primordial y la granada,
del cósmico pimienta y de la rosa.
Dulce llave solar que calienta mi mano
extendida a los hombres, sin fronteras:
al de la espada pronta y el guijarro,
al que pesa en balanza la moneda y la flor,
al que tiende un mantel a mi llegada
y al cazador de nubes, maestro de palomas.*

(Aquí yace la espuma, pp. 49-50.)

Si el agua, como hemos visto, no era más que soledad convertida en elemento, si el aire era una prisión de transparencia, y la tierra quedaba desdibujada por las sombras, entonces sólo puede quedar el fuego como la fuerza salvadora y la energía que posibilitará la nueva alquimia del universo. El fuego o el amor reconciliará los contrarios e integrará la multitud planetaria en un todo orgánico en el que nada, mucho menos el hombre, puede ser superfluo.

La relación dicótoma luz (fuego)-sombra y el afán de resolver su eterno antagonismo es un elemento central en la estructuración de toda la poesía de Carrera Andrade. Ya el poema «Edición de la tarde» (23) delineó perfectamente esta dialéctica; su resolución la encontramos en «Las armas de la luz». El motivo bélico de este último título no sólo alude a la discordia cósmica a que ya nos hemos referido, sino también a la lucha interna que la conciencia poética sostiene consigo misma para salir de su ensimismamiento. La luz como símbolo de la conciencia y de la razón se vincula íntimamente con el proceso creador. Como en Génesis, primero es la luz y luego todo lo demás. Carrera Andrade reafirma esta prioridad en tanto que «la

(23)

*La tarde lanza su primera edición de golondrinas
anunciando la nueva política del tiempo,
la escasez de las espigas de la luz,
los navíos que salen a flote en el astillero del cielo,
el almacén de sombras del poniente,
los motines y desórdenes del viento,
el cambio de domicilio de los pájaros,
la hora de apertura de los luceros.*

*La súbita defunción de las cosas
en la marea de la noche ahogadas,
los débiles gritos de auxilio de los astros
desde su prisión de infinito y de distancia,
la marcha incesante de los ejércitos del sueño
contra la insurrección de los fantasmas
y, al filo de las bayonetas de la luz, el orden nuevo
implantado en el mundo por el alba.*

(El tiempo manual, p. 43.)

luz hace nacer todas las formas» y también porque es la prueba ontológica más conclusiva que autentica su existencia:

*El día, alzado en armas,
gira a mi alrededor: ¡oh cerco de oro
seguido por la azul caballería
del horizonte en trance de palabra
o de vocal redonda eternamente!*

(Familia de la noche, p. 39.)

El día instaura un nuevo esplendor en el que la plenitud de la luz es lo mismo que la plenitud del ser. La esfera parmenídea y la cúpula guilleneana son ahora un «cerco de oro» o «vocal redonda eternamente» que por un lado encierra un exceso de realidad y por otro alude a la naturaleza significativa de todo cuanto existe. Visión mítica, pero dinámica: el yo poético no sólo hace valer sus derechos de sujeto como conciencia y pupila del universo, es también el centro al que converge toda la munificencia cósmica. Hay, en otras palabras, una mutua interacción entre el sujeto humano y su circundancia objetiva: si el mundo es generosidad, el hombre es apertura y receptividad:

*Ya comprendo la lengua de lo eterno,
como de lo lejano y escondido,
porque la luz ha entrado meridiana
en mi cuerpo de sombra hasta los huesos,
tubería de cal por donde sopla
la música del mundo, el tierno cántico
de la familia universal de seres
en la unidad terrena, planetaria
de su común origen: la luz madre.*

(Familia de la noche, p. 42.)

Reinstaurando el imperio de la luz, el poeta, hasta cierto punto, posterga su propia voz, acalla sus íntimas angustias, para abrirse a la totalidad; porque es en ésta donde se resuelven y reconcilian las dialécticas, los antagonismos y contrarios. Sus poemas siguen siendo correlatos de la realidad y, en su amplio despliegue verbal, hacen que las antinomias mismas concurren en la estructuración simétrica y armónica del mundo; el mismo poeta dice:

*Soy soldado del lirio y de la avispa
y servidor simétrico del mundo;
tengo un ojo de sol y otro de sombra,
un punto cardinal en cada mano.*